

La aparición de Leonardo fué como el lenguaje de un mundo nuevo de que Italia era solar privilegiado. Un lenguaje difícil de expresar, pero fácil, claro y deleitoso de oír, porque nos confía el mismo secreto a media voz con que crepitan las burbujas de los vinos mediterráneos.

Podemos suponer qué profunda impresión quedaría en el ánimo de los murcianos cuando los dos pintores leonardistas, los dos Ferrantes, discípulos predilectos del de Vinci, se marcharan con su embriaguez humanística y sus pinceles encantados. Y podemos calcular su sorpresa, cuando a poco, por munificente designio de un prelado de la Diócesis —el Cardenal Mateo Lang—, que no llegó a poner pie efectivo en su jurisdicción, un nuevo Leonardo de carne y hueso, honraba nuestra ciudad con su presencia, para dejar aquí perpetua memoria del Renacimiento italiano en un edificio que no envidiara la belleza y la suntuosidad de los de la patria del Dante. Jacobo era también florentino de nación, arquitecto, escultor y pintor, y en todas estas artes, aventajado por extremo. Su figura alta, enjuta, cenicienta, y su rostro rubio y blanco, fueron escrutados a placer por las gentes de Murcia, mientras los grandes sillares iban superponiéndose hasta completar el zócalo de la gigantesca Torre. Sería una torre más alta que la del palacio de la Señoría, de su propia ciudad natal; y sobre los muros blancos de la Murcia de entonces se levantaría como un triunfo más del arte toscano en países extraños a él. Realmente, Italia dominaba al mundo por la abrumadora fuerza de la belleza. No se recordaba conquista más dilatada, salvo la que del Imperio romano alcanzó Grecia, vencida y aniquilada.

No pudo acabar su obra Jacobo Florentín, y la dejó en manos de un buen colaborador o discípulo. El iba a continuar su peregrinación creadora por España, donde quedan otros monumentos arquitectónicos, junto con estatuas y cuadros de su mano. Se iba, pero llevaba dentro de sí un tierno amor por nuestra

